

LOS-MUCHACHOS

DOMINGO 9 DE SEPTIEMBRE DE 1917



Entusiastas del foot-ball.

El mundo entero proclama las excelencias del
AGUA DE MORATALIZ



Depósito central: Barquillo, 4, MADRID

Tapas para encuadernar LOS MUENACHOS

Son de tela roja con letras de oro. Precio: **una peseta** las de cada tomo. De venta en la Administración, Martín de los Heros, 65, Madrid.

Nuestros talleres se encargan de la encuadernación de los tomos al precio de **una peseta** cada uno.

Los de provincias pueden mandar su importe, más 0,25 para certificado, en Giro Postal ó letra de fácil cobro.

NÚMEROS ATRASADOS

Se venden de todos los números publicados al precio de 10 ots.

LOS MUCHACHOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Madrid: Martín de los Heros, 65.—Teléfono 4539.—Apartado 216.

SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA: Semestre. . . 2,50 pesetas.

EXTRANJERO: Semestre. . . 4 pesetas.

EL CAZADOR CAZADO

UNA AVENTURA CON ELEFANTES

Mucha gente, al oír contar las expediciones cinegéticas al Africa central que hoy llevan á cabo los sportsmen de todas las naciones, se figura que se trata de empresas fáciles y sin peligro, en las que todo es cuestión de dinero; pero lo mismo ahora que en los días de los fusiles de chispa, tales cacerías suponen con frecuencia riesgos muy serios. Prueba de ello es la aventura que un cazador inglés, Mr. H. W. Martin, ha referido recientemente en un periódico de Londres.

Mr. Martin había ido á la Rhodesia, especialmente para cazar elefantes. Hay que advertir que las autoridades de la Rhodesia no permiten á nadie matar más de tres elefantes al año. Nuestro hombre cazó los tres á que tenía derecho, y después instaló su campamento junto al lago Bangüeolo, no lejos de la frontera del Congo Belga, para distraerse cazando aves acuáticas. Llevaba algunos días entregado á este pasatiempo, cuando acertaron á pasar por allí algunos soldados negros, de los que están al servicio de Bélgica, que venían del Congo con licencia para visitar á sus familias, y que contaron que al norte del lago Mueru, en territorio belga, algunas manadas de elefantes devastaban los campos de los indígenas, quienes sólo deseaban que fuese por allí algún cazador que los diezmasen ó por lo menos los ahuyentase.

No bien oyó Mr. Martin estas noticias, decidió pasar al Congo. Todo se redujo á doce días de marcha, al cabo de los cuales se encontraba en el punto que habían designado los soldados. La gente del país,

cuando se enteró de sus propósitos, le recibió cariñosamente, y uno de los más reputados cazadores de la tribu le condujo á una ciénaga, distante unos dos kilómetros del lago, junto á la cual se veían muchas huellas frescas de elefantes. Entre ellas las había de ejemplares muy grandes, y Mr. Martin, prometiéndose una feliz cacería, se puso por la noche en acecho en una huerta próxima, armado de dos excelentes rifles express, con carga de cordita.





No tuvo que esperar mucho. Apenas llevaría media hora en aquel sitio cuando se presentaron los elefantes, destrozando, según su costumbre, toda la vegetación que encontraban á su paso. Era noche de luna. El cazador pudo escoger á su gusto los dos ejemplares más grandes; apuntó é hizo fuego. El rebaño entero, al oír las detonaciones, huyó con gran estrépito, y Mr. Martin, comprendiendo que aquella noche ya no volvería, se fué á su campamento. A la mañana siguiente, muy temprano y acompañado de algunos de sus negros, volvió al sitio y se puso á seguir las huellas de los proboscídeos. No tardó en encontrar una hembra enorme, muerta, y poco más allá el otro ejemplar, también sin vida. Aquel soberbio resultado le entusiasmó, y sin detenerse á recoger los colmillos continuó siguiendo la pista, deseoso de dar con la piara entera. Cuando la alcanzó eran ya las cuatro de la tarde. Los animales pastaban tranquilamente. A unos ochocientos metros se veían algunos machos gigantes, pero para llegar hasta ellos había que rodear una gran ciénaga y pasar por los vientos de dos hembras que estaban más cerca. Sin embargo, los machos, con sus defensas enormes, eran una presa demasiado tentadora, y el cazador se arriesgó á pasar. Las hembras, al parecer, ni siquiera advirtieron su presencia, y nuestro hombre pronto tuvo los machos á tiro. Disparó sobre uno, que cayó inmediatamente, y en seguida hizo fuego sobre otro; pero no pudo ver el resultado de este segundo disparo, porque mientras el grueso de la manada emprendía la fuga, las dos hembras que antes no le hicieron caso se lanzaron á escape sobre él, bramando furiosas. Desde el otro lado

de la ciénaga, los negros advirtiéronle á gritos el peligro. Los irritados cuadrúpedos estaban apenas á cincuenta metros, y el cazador, sin tiempo ya para volver á cargar, no vió otro recurso que la fuga. Claro es que ningún hombre puede, con solo correr, escapar de un elefante á paso de carga; había que buscar otro medio de salvación, y al cazador sólo se le ocurrió uno: llegar á la ciénaga, donde los elefantes, con su enorme peso, quedarían atrancados y apenas podrían andar. Mister Martin no pensó, ni por un momento, que lo mismo le sucedería á él.

Llegó, en efecto, al cieno, y aunque al principio le fué fácil correr entre los altos juncos, que se abrían á su paso para cerrarse en seguida, no tardó en notar que los pies se le hundían, y de pronto se metió hasta las rodillas, quedando sin moverse ni adelante ni atrás. Entonces se le ocurrió una feliz idea, y fué la de tenderse de espaldas, en cuya posición su peso se repartiría sobre una superficie mayor, impidiéndole hundirse, y los juncos le ocultarían lo bastante para que los elefantes no le viesen. Aun así y todo, el cieno estaba tan blando, que se hundía casi por completo en él, pudiendo apenas conservar fuera la cabeza. Además, el cazador no había contado con el delicado olfato de los elefantes. Muy pronto los oyó chapotear por allí cerca, y algunos minutos después sintió un peso enorme sobre el muslo y vió que uno de los colosos se elevaba sobre él y acababa de ponerle encima una pata, hundiéndole más todavía en el pantano. Suerte que el cieno era tan blando; de lo contrario, el muslo del desdichado habría quedado convertido en papilla. Eso no obstante, el cazador sentía un dolor intensísimo, y le

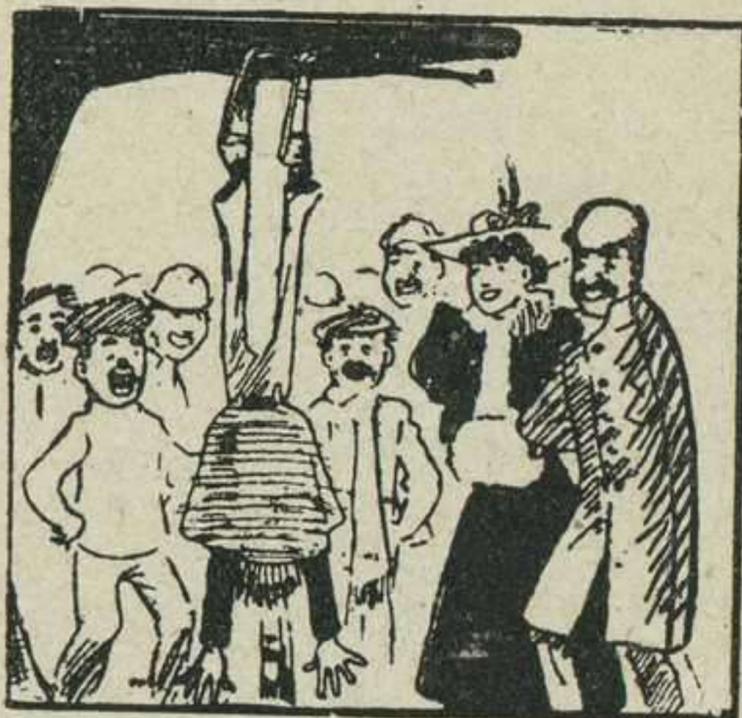
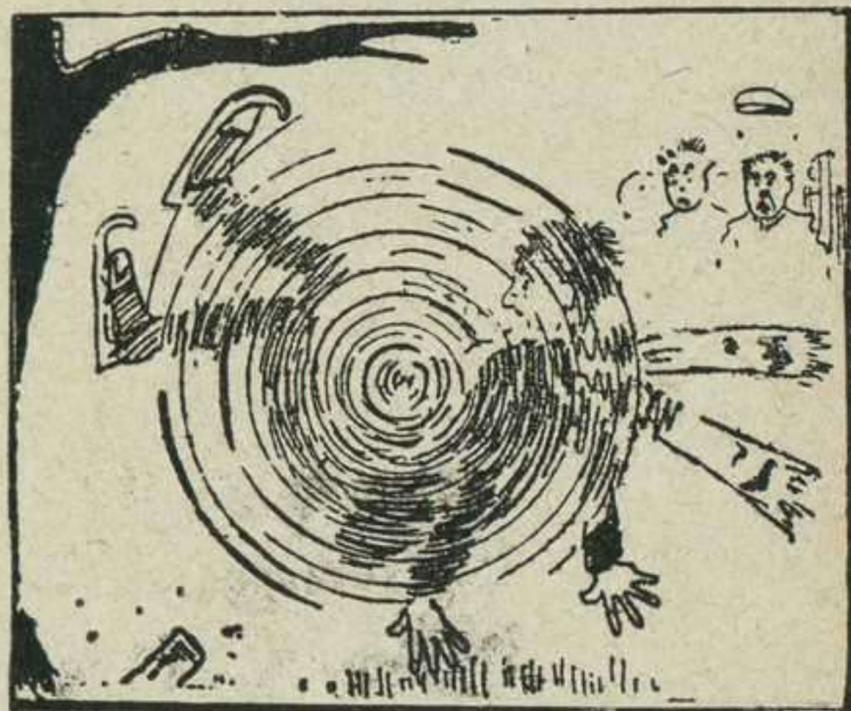
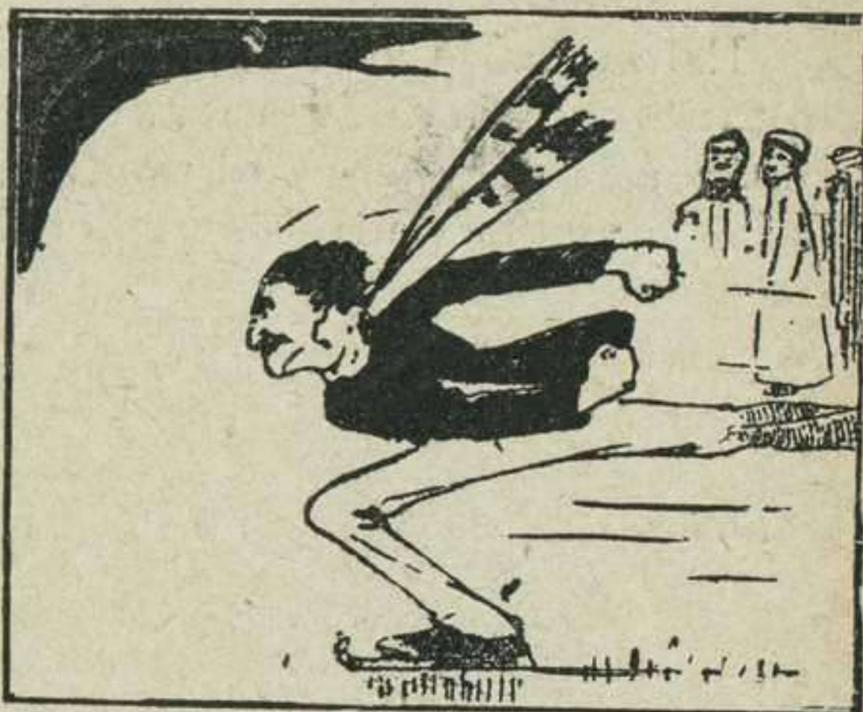
costó gran trabajo reprimir un grito. Aquella situación le parecía interminable, eterna, y sin embargo, apenas duró tres ó cuatro segundos, pues los animales continuaron su marcha, buscándole siempre y sin dar con él. Uno de ellos encontró el sombrero del cazador y lo cogió con la trompa; el otro quiso quitárselo, y así medio jugando, medio riñendo, haciendo pedazos el sombrero, fueron alejándose poco á poco.

El cazador aprovechó aquellos momentos para tratar de levantarse y reclamar el auxilio de sus negros, pero el muslo contuso por el pisotón del elefante le dolía todavía mucho, y al querer cambiar de postura no pudo contener un grito de dolor. Nunca lo hubiera hecho. Los proboscídeos, aunque estaban lejos, le oyeron y volvieron sobre sus pasos tan de prisa como se lo consentía lo blando del terreno. Fué inútil que Mr. Martin tratase de ocultarse de nuevo. Uno de los colosos le había visto, y llegándose á él lo cogió por la camisa de kaki y lo levantó hasta una vara del suelo. Y entonces ocurrió una de esas cosas providenciales, que parecen minucias y que á veces significan la vida de un hombre. La camisa estaba muy vieja y se rompió, y Mr. Martin cayó en el cieno, perdido el conocimiento por la combinación del dolor del muslo, las fuertes impresiones recibidas y las muchas horas que llevaba sin tomar alimento. Todavía la enorme bestia le tocó y sacudió repetidas veces con la trompa, pero en vista de que no se movía, lo tomó por muerto, y los dos elefantes se alejaron y abandonaron á buen paso la ciénaga.

Cuando los criados los vieron á una distancia prudencial, corrieron á auxiliar á su amo, que pronto volvió en sí. No tenía ningún hueso roto, pero estaba febril y lleno de magulladuras. Los negros fueron á buscar su hamaca, que colgaron de un palo; pusieronle en ella y lo llevaron á Lukafú, centro de operaciones de la Compañía del Katanga. Allí, un médico belga le asistió solícitamente, pero aun así, pasaron tres semanas antes de que Mister Martin pudiera volverse al lago Bangüeolo.

He aquí el triste fin de Periquito Patín.

(HISTORIETA MUDA)





COLABORACIÓN-INFANTIL



Esta sección se destina a *trabajos originales exclusivamente*, y por lo tanto no se admiten traducciones ni mucho menos copias. Sacaremos á la vergüenza el nombre del colaborador que nos envíe trabajos copiados de libros y firmados por él como suyos. Rogamos á nuestros lectores que nos denuncien los que se hallen en dicho caso.

EL ÚLTIMO PENSAMIENTO

Con el papel sobre la mesa, la pluma detenida en el aire, inclinado, mirando con fijeza al papel, á lo que está escribiendo, se halla un niño: representa doce años; es rubio, pálido, con esa palidez cadavérica que hace darle más tristeza y melancolía al semblante y los ojos azules, mortecinos, apagados, sin brillo; fatíga-se escribiendo, pues a cada momento levanta la cabeza para apoyarla entre sus manos frías y blancas y se queda así largo rato, inmóvil y meditabundo. Después sigue escribiendo haciendo cortas paradas muy a menudo para leer por vigésima vez lo que lleva escrito. Más tarde sigue lo mismo que antes, escribiendo con mucha fatiga y levantando la pluma para primero pensar lo que ha de poner.

Suspira larga y prolongadamente.

Hállase al final de la escritura, y su rostro váse tornando más pálido, sus movimientos más torpes y pesados y sus ojos meneándosele dentro de sus órbitas. No puede más. Firma, más bien con jeroglíficos que con letras, y se deja caer pesadamente sobre sus brazos cruzados, sobre la mesa.

Levántase otra vez, haciendo un esfuerzo, coge un sobre y escribe:

A mi idolatrada madre.

Después, dejando caer la pluma, se deja caer él también, exhalando un sollozo, un suspiro prolongado, largo, interminable... y queda apoyada la cabeza sobre su brazo derecho estirado á lo largo de la mesa é inmóvil.

Había muerto...

En su última hora, en su último momento, su postrer recuerdo había sido pa-

ra su madre, escribiéndole una sentida carta de amor filial. Después su alma voló al cielo donde Dios le recompensó con la gloria. Su último pensamiento, de ello se enorgullecía después en el cielo, había sido para aquella que le diera el ser: su madre.

¡Qué grato, qué gusto, qué alegría, qué goce, qué delirio, consagrar el último pensamiento a una madre!

RICARDO COSTAS MORENO

Vigo.

A mi amiga Paca.

Cierta mañana decía
A otras flores la azucena:
Yo crezco pura y serena
Ante las luces del día;
Mi hermoso cáliz se ensancha
Siempre que el viento lo agita;
Ni el huracán lo marchita,
Ni el rayo de sol lo mancha.
Y una tierna sensitiva
Dijo, temblando, después;
También mi corola es
Hermosa, pura y altiva;
Pero los rayos del sol
Secando mi aroma están,
Y el beso del huracán
Mancha mi casto arrebol.
Y Dios, que allá, en lo profundo
Este coloquio escuchaba,
Mandó á las flores preciadas
Que de su cáliz las puertas
Tenga la azucena abiertas;
La sensitiva, cerradas.

PILAR ZORRILLA

(14 años.)

Santander.

SUEÑO DEL NIÑO

A mi paisanita Lola Pérez.

Aproxímase su madre al lecho y el niño dormía. Una sonrisita salía de sus labios de vez en cuando. Su madre al verle dijo: ¡Cuán feliz eres ahora, hijo mío! Salió para su alcoba.

A la mañana siguiente levantóse el niño y saltando márchase á la alcoba de su madre, alza las cortinas y se echa en la cama de su madre y empieza á besarla y á darla golpecitos para que se despertase.

—Buenos días, mamá, ¿has descansado?

—Bien, y ¿tú, hijito?

—Bien, ¡he soñado unas cosas! si tú vieras, mamita, he soñado que unos ángeles me cogieron y me llevaron delante de una hada y en el camino me decían: "Como tú eres bueno, me manda la hada "Todo lo ve" para que vayas á verla y cuando llegues á su presencia la pides tres cosas, y ella te las dará. Llegamos á su presencia, me puse de rodillas y ella me dijo: "Levántate niño, y pídemme tres cosas". Yo la pedí una bola de dinero, la caja de salud y el antejo que todo lo ve. Me lo dió y me trajeron los ángeles á casa. Un día que iba yo de paseo me encontré con un pobre que me pidió limosna pero al echarme la mano al bolso vi que no tenía la bola y le dije que Dios le amparase, pero echó á correr tras de mí y me tiró á un estanque. El pobre á quien socorrí, le vi que venía en mi auxilio y me sacó del estanque. Me desperté y pude saber que la hada al ver que no me despertaba me echó un poco agua y luego me secó. ¿Ha sido bonito, mamá?

—Sí, pero arréglate porque vas á llegar tarde á la escuela.

JOSÉ ROMÁN

(12 años.)

Medina.

LA GUITARRA DEL CIEGO

(HISTÓRICO)

Dedicado al amable y simpático director de LOS MUCHACHOS

En un pueblecito había un ciego muy bueno, y como no tenía padres ni parientes porque para tenerlos tendrían que

ser muy viejos, su único cariño era su guitarra y con ella se ganaba la vida.

Un día el pobrecito ciego iba apoyado en su bastón, cuando oyó una vocecilla que pedía limosna, y el corazón del ciego tan tierno como la vocecilla del pequeño, se compadeció y le habló de esta manera:

—¿Niño, quieres ser mi lazarillo y no tendrás que arrastrar tanta miseria?

El niño muy contento dijo que sí, y desde aquel día compartieron la miseria que no fué tan dolorosa de llevar.

II

Un día que el ciegucecito dormía, el niño se despertó y pensó de esta manera:

Si yo tuviera esa guitarra todas las limosnas serían para mí.

Y como el pensamiento es malo, tomó la guitarra y huyó.

III

Al despertar el ciegucecito y buscar la guitarra, el desconsuelo que tuvo, mi pobre pluma no lo sabe describir, pues no hay palabras para traspasarlo al papel, sólo os diré que de sus ojos sin luz resbalaron dos gruesas lágrimas, y lo único que se le ocurrió fué llamar á Pedrito, y al ver que no contestaba exclamó:

¡Qué ingrato es el mundo!

ORESTES LLORENS OPISSO

(11 años.)

Socio de la Sociedad "Literatura Infantil".

Barcelona.

Los colaboradores que sean socios de la "Liga Postal" deben poner al pie de la firma el número de la lista en que figura su nombre.

abajo la rueda del carro chocó contra la otra rueda y la rompió. Entonces la rueda de carro se convirtió en el Incógnito, y exclamó alegremente:

—Has perdido. La victoria es mía!

—¡No te precipites, amigo!—replicó el rey, que ya había recobrado su forma humana.—Sólo me he roto un dedo. Hagamos otra prueba. Convirtámonos en llamas, y la llama que consume á la otra será la victoriosa. Yo seré una llama roja, y tú podrás ser una llama blanca.

—No, no—replicó el Incógnito.—Sé tú la llama blanca y yo seré la roja.

El rey accedió. Ambos se situaron en el camino del puente y empezaron á quemarse mutuamente, pero sin resultado. En esto pasó por allí un viejo y canoso mendigo, y al verle la llama blanca le gritó:

—Anciano, trae agua y échala en la llama roja. Te daré una moneda de cobre por el trabajo.

Pero la llama roja dijo á su vez:

—Te daré una moneda de oro si echas agua á la llama blanca.

El mendigo prefirió, naturalmente, la moneda de oro á la de cobre y trajo y echó agua á la llama blanca. Y el rey murió. Entonces la llama roja recobró la forma del Incógnito, el cual se montó en el caballo del sol, y después de haber dado las gracias al mendigo por su auxilio, emprendió la marcha seguido de su criado.

Profundo fué el duelo que causó en palacio la muerte de los regios hermanos. Los muros fueron cubiertos con colgaduras de luto, y en todo el edificio resonaron llores y lamentos. Striga iba y venía, inquieta, de un aposento á otro, pero de repente se detuvo, pegó una patada en el suelo, apretó los puños é hizo girar sus fulgurantes ojos en las órbitas. Después se montó en una escoba, cogió sus tres hijas debajo de un brazo, y ¡zas! se remontó con ellas en el aire.

El Incógnito y su criado caminaban de prisa, porque temían la venganza de Striga. Atravesaron sombrías selvas, cruzaron desiertos eriales, y ya habían realizado la mayor parte de su viaje, cuando ¡ay! se les acabaron las provisiones. El hambre les atormentaba, y no podían encontrar nada que acallase sus punzadas.

Por fin encontraron un árbol cargado de rosadas manzanas, cuyo peso hacía llegar las ramas hasta el suelo.

—¡Alabado sea Dios!—exclamó el criado acercándose presuroso al árbol.

—¡Detente!—ordenó el Incógnito. —¡No cojas esa fruta!—y sacando la espada de un tajo derribó el árbol. Del corte brotó un chorro de sangre. —Habrías muerto si hubieses comido esas manzanas—dijo.—Ese árbol era la reina mayor. La puso ahí su madre para que nos ocasionase la muerte.

Aunque le disgustó el chasco, el criado no pudo menos de alegrarse al ver cómo había escapado de la muerte, y siguió al Incógnito esperando encontrar pronto algo con que saciar la sed y el hambre.

No habían andado mucho, cuando vieron atravesado su camino por un arroyo de agua cristalina.

—Bueno—dijo el criado—ya que no encontremos nada sólido, nos conformaremos con beber.

—¡No bebas!—exclamó el Incógnito desmontando y dando un tajo con su espada á la corriente de agua.

Inmediatamente el cristalino líquido se vió oscurecido por ondas de color de sangre.

—Era la segunda reina—dijo el Incógnito,—y se había puesto aquí para destruirnos.

El criado le dió las gracias por su oportuno aviso, y á pesar de la sed y del hambre, le siguió sin murmurar. Después llegaron á un arbusto cubier-

abajo la rueda del carro chocó contra la otra rueda y la rompió. Entonces la rueda de carro se convirtió en el Incógnito, y exclamó alegremente:

—Has perdido. La victoria es mía!

—¡No te precipites, amigo!—replicó el rey, que ya había recobrado su forma humana.—Sólo me he roto un dedo. Hagamos otra prueba. Conviértámonos en llamas, y la llama que consume á la otra será la victoriosa. Yo seré una llama roja, y tú podrás ser una llama blanca.

—No, no—replicó el Incógnito.—Sé tú la llama blanca y yo seré la roja.

El rey accedió. Ambos se situaron en el camino del puente y empezaron á quemarse mutuamente, pero sin resultado. En esto pasó por allí un viejo y canoso mendigo, y al verle la llama blanca le gritó:

—Anciano, trae agua y échala en la llama roja. Te daré una moneda de cobre por el trabajo.

Pero la llama roja dijo á su vez:

—Te daré una moneda de oro si echas agua á la llama blanca.

El mendigo prefirió, naturalmente, la moneda de oro á la de cobre y trajo y echó agua á la llama blanca. Y el rey murió. Entonces la llama roja recobró la forma del Incógnito, el cual se montó en el caballo del sol, y después de haber dado las gracias al mendigo por su auxilio, emprendió la marcha seguido de su criado.

Profundo fué el duelo que causó en palacio la muerte de los regios hermanos. Los muros fueron cubiertos con colgaduras de luto, y en todo el edificio resonaron lloros y lamentos. Striga iba y venía, inquieta, de un aposento á otro, pero de repente se detuvo, pegó una patada en el suelo, apretó los puños é hizo girar sus fulgurantes ojos en las órbitas. Después se montó en una escoba, cogió sus tres hijas debajo de un brazo, y ¡zas! se remontó con ellas en el aire.

El Incógnito y su criado caminaban de prisa, porque temían la venganza de Striga. Atravesaron sombrías selvas, cruzaron desiertos eriales, y ya habían realizado la mayor parte de su viaje, cuando ¡ay! se les acabaron las provisiones. El hambre les atormentaba, y no podían encontrar nada que acallase sus punzadas.

Por fin encontraron un árbol cargado de rosadas manzanas, cuyo peso hacía llegar las ramas hasta el suelo.

—¡Alabado sea Dios!—exclamó el criado acercándose presuroso al árbol.

—¡Detente!—ordenó el Incógnito. —¡No cojas esa fruta!—y sacando la espada de un tajo derribó el árbol. Del corte brotó un chorro de sangre. —Habrías muerto si hubieses comido esas manzanas—dijo.—Ese árbol era la reina mayor. La puso ahí su madre para que nos ocasionase la muerte.

Aunque le disgustó el chasco, el criado no pudo menos de alegrarse al ver cómo había escapado de la muerte, y siguió al Incógnito esperando encontrar pronto algo con que saciar la sed y el hambre.

No habían andado mucho, cuando vieron atravesado su camino por un arroyo de agua cristalina.

—Bueno—dijo el criado—ya que no encontremos nada sólido, nos conformaremos con beber.

—¡No bebas!—exclamó el Incógnito desmontando y dando un tajo con su espada á la corriente de agua.

Inmediatamente el cristalino líquido se vió oscurecido por ondas de color de sangre.

—Era la segunda reina—dijo el Incógnito,—y se había puesto aquí para destruirnos.

El criado le dió las gracias por su oportuno aviso, y á pesar de la sed y del hambre, le siguió sin murmurar. Después llegaron á un arbusto cubier-



to de rojas rosas, que embalsamaban el aire con su fragancia.

—¡Qué rosas más bonitas!—exclamó el criado. — Voy á coger unas cuantas para refrescarme con su dulce perfume.

—¡No cojas esas rosas! — dijo el Incógnito, hundiendo profundamente su espada en el tronco del arbolillo. Inmediatamente brotó de la herida un chorro de sangre.—Esta es la reina más joven—continuó el Incógnito.—Su madre la plantó aquí para destruirnos engañándonos con la belleza de las rosas.

Después de haber andado algún tiempo, dijo el Incógnito:

—Ya estamos libres de los peligros más graves, porque hemos pasado de los dominios de Striga.—Sin embargo, es preciso obrar con mucha precaución, porque seguramente buscará la ayuda de otros poderes.

Aún no había acabado de hablar, cuando llegó corriendo un muchacho con una varita espinosa, y metiéndose debajo del caballo del Sol le pinchó con ella. Instantáneamente cayó al suelo el Incógnito, mientras que el muchacho se montaba ágilmente y partía veloz como una flecha.

—¿No te lo decía?—exclamó el Incógnito.

—¿Quién será ese muchacho?—

preguntó el criado.—¿Quién había de sospechar lo que iba á hacer? Vamos á ver si le cogemos.

—No—replicó el Incógnito;—le cogeré yo solo. Tú debes regresar á la frontera de tu país. Allí me reuñé contigo.

Tomando el aspecto de un viajero, el Incógnito siguió con presteza los pasos del joven mago que le había arrebatado el caballo, y no tardó en alcanzarlo.

—¿De dónde venís, amigo?—preguntó el mago mirando en torno suyo.

—De muy lejos.

—¿Y adónde vais?

—En busca de ocupación.

—¿Buscáis ocupación? ¿Sabéis cuidar caballos?

—¿Ya lo creo; muy bien!

—Entonces, venid conmigo y cuidad mi caballo. Os pagaré bien.

Y el Incógnito quedó al servicio del mago.

Llegados á la casa del mago, el Incógnito cuidó el caballo del sol tan perfectamente, que su amo se quedó satisfecho; pero el Incógnito estaba muy disgustado porque las artes del Mago le impedían encontrar ocasión para escaparse con él.

Un día el Mago llamó á su criado.

—¿Escucha!—le dijo—. En medio de aquel mar hay un chopo enorme; en lo alto del chopo hay un castillo; en el castillo vive una princesa. Yo quiero casarme con esa princesa. Se han hecho muchos esfuerzos para conquistarla, pero han fracasado. Tráemela y te recompensaré espléndidamente. Si fracasas como los otros sufrirás un terrible castigo.

—Las órdenes del amo debe ejecutarlas el criado, ó por lo menos intentar su ejecución—repuso el Incógnito.

Para cumplir el mandato de su señor, buscó una barca, la llenó de cintas y telas de diversos colores y se

hizo á la vela disfrazado de mercader, con rumbo al castillo del chopo.

Al llegar á su pie, colgó bien extendidas en las jarcías de la barca las mercancías que llevaba para que pudiesen ser vistas desde el castillo, y no tardaron en llamar la atención de la princesa.

—Baja á esa barca—dijo á su doncella y mira si puedes comprar alguna de esas bellas cosas que trae el mercader.

La doncella obedeció.

—No vendo nada como no venga á hacer la elección la propia princesa.

La criada repitió las palabras del mercader. La princesa descendió, examinó las preciosas mercancías y eligió y ajustó sin notar que la barca se había alejado del árbol y se dirigía hacia la costa, y hasta que no hubo terminado sus compras y se volvió para salir de la barca, no se dió cuenta de lo sucedido.

—Sé adónde me llevas—dijo.—Me llevas á casa del Mago perverso. ¿Que el cielo tenga piedad de mí!

Al ver el Incógnito que la princesa no tenía ganas de casarse con el Mago, la habló cariñosamente ofreciéndose á ayudarla á obtener la libertad si ella se comprometía á averiguar dónde radicaba la fuerza del Mago.

Cuando el Incógnito regresó con la princesa, se puso muy contento el Mago, y viendo que la joven correspondía á su amor, se sintió completamente feliz. Hubiese dado todo y habría hecho cuanto le hubiera pedido por agradarla, por lo cual no es extraño que la confiase el secreto de su gran poderío.

—En aquella selva—dijo,—hay un árbol muy grande. Debajo de ese árbol come un ciervo; dentro del ciervo hay un ganso, dentro del ganso un huevo de oro, y en ese huevo está mi fuerza, porque allí, amor mío, está mi corazón.

La princesa comunicó el secreto al Incógnito.

Provisto de arco y flechas, el Incógnito se dirigió á la selva, donde encontró el árbol con el ciervo comiendo y le disparó una flecha. El ciervo cayó á tierra, y el Incógnito le abrió en canal, sacando de sus entrañas el ganso, que abrió á su vez para sacar el huevo.

Roto el huevo, se perdió para siempre el poderío del Mago, pasando al Incógnito, el cual libertó á la princesa, y luego, montado en el caballo del Sol, se dirigió en busca del rey, á quien pertenecía.

Después de haber recorrido gran parte del mundo llegó á las fronteras del tenebroso reino, donde en-

contró al escudero esperándole.

Al transponer los límites del país brilló el sol del caballo, iluminando la tierra que tanto tiempo había permanecido velada por impenetrable oscuridad y alegrando los corazones de los entristecidos habitantes.

Todo revivía; los campos se mostraban rientes con su primaveral vestido y la gente acudía de todas partes á dar gracias á su bondadoso bienhechor. El rey no sabía cómo recompensarle y le ofreció la mitad de su reino, pero el Incógnito rehusó.

—No quiero recompensas y mucho menos la mitad de vuestro reino — dijo — seguid siendo rey y gobernad bien; yo me vuelvo á mi solitaria cabaña.



A destiempo
no te rías



Cuando veas
tonterías

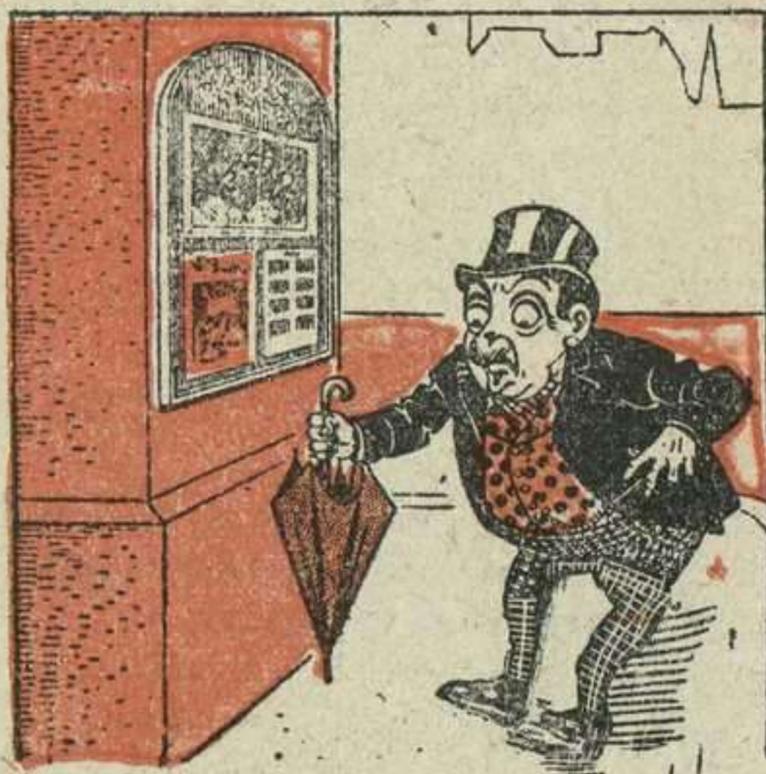
¡Qué dibujo tan precioso!
No deja de ser gracioso.



Pues esta otra paparrucha
Tiene mucha gracia, mucha.



¡Ja, ja, ja! ¡Qué chistecito!
Está bien, es muy bonito.



¿Y el puro? Se habrá caído...
Como estaba distraído...



¡Para qué lo he de buscar!
No lo había de fumar.



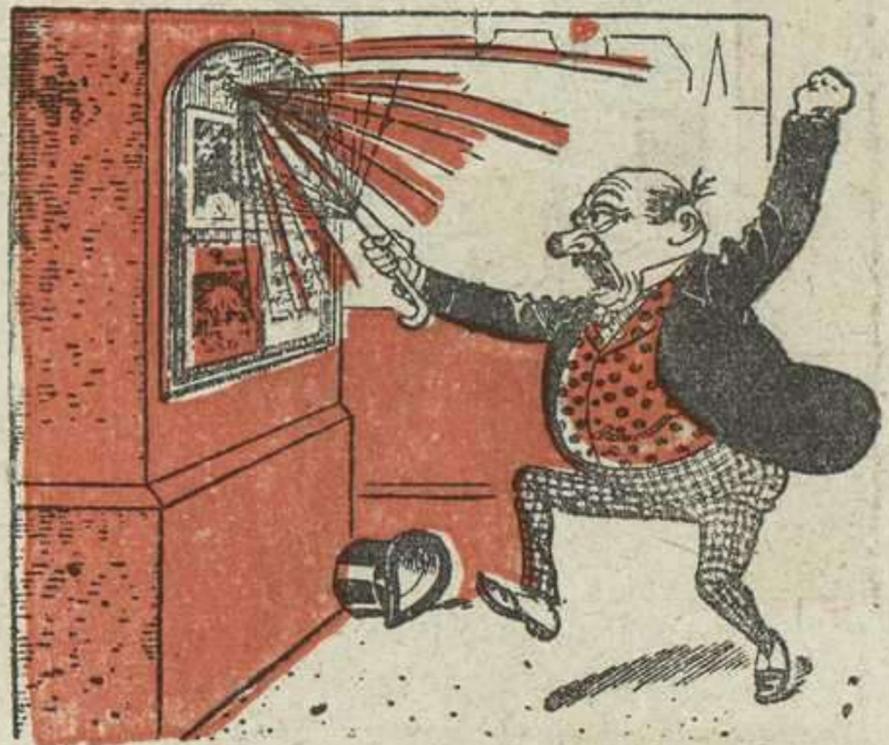
Que algo se quema presumo.
Pues hay fuerte olor á humo.



¡Mi paraguas, caspitina!
¡Si era aquí la chamusquina!



Pues me lucí en el viaje.
Sólo queda el varillaje.



¡Para que otra vez te rías
Leyendo estas tonterías!

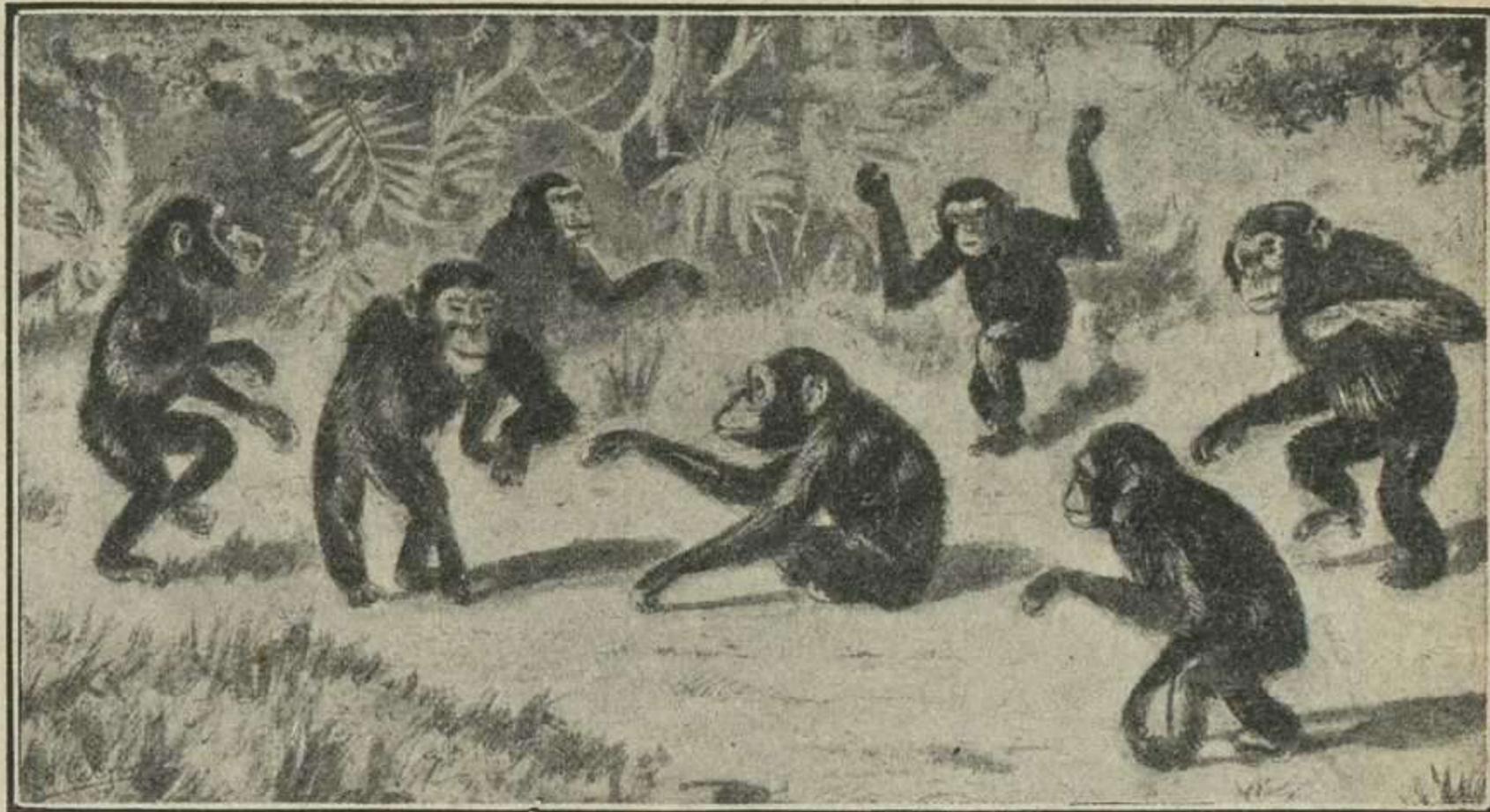
CONCURSO DE ROMPECABEZAS

Las soluciones pueden enviarse recortando los ocho rompecabezas y señalando en ellos con lápiz ó tinta el contorno de la figura ó figuras ocultas. Los que no quieran estropear los ejemplares del periódico pueden calcar á la ligera los rompecabezas

detallando bien con tinta la solución.
● Las soluciones se admiten hasta el 30 de Septiembre. Después de dicha fecha publicaremos las soluciones y la lista de los agraciados para que remitan su retrato, sin derecho á devolución.

CHIMPANCÉS Y GORILAS

SU VIDA INTIMA, SUS BAILES Y SUS VIVIENDAS



«Kanjo nytigo», ó baile de los chimpancés.

El gorila merece ocupar nuestra atención en primer lugar, sobre todo en consideración á su estatura, que en algunos machos viejos llega á 1,75 metros; parece, sin embargo, más pequeño porque anda casi siempre á cuatro patas, pero con todo y con eso su enorme cabezota, su cerviz de toro y sus brazos musculosos le dan un aspecto formidable. Ya se comprenderá que un animal tan grande necesitaría ramas fortísimas si quisiera subir á los árboles, y en efecto, el gorila es un mono poco trepador; solamente la hembra construye entre el ramaje una especie de plataforma, donde duerme con su cría, á la que á ratos pasea á caballo en sus espaldas. El macho anda siempre por el suelo, y en conformidad con esta costumbre tiene los pies más parecidos á los del hombre que ningún otro mono, con dedos cortos y gruesos y un talón bastante abultado; además de esto, sienta en tierra toda la planta, mientras los chimpancés sólo apoyan el borde del pie.

El gorila vive principalmente de los frutos del papayo, del plátano y de la palmera oleaginosa.

Es un animal generalmente inofensivo,

que no se mete con nadie si nadie se mete con él; pero si se le ataca se transforma en una furia infernal, y lanzando una especie de rabioso ladrido, con los ojos llameantes y el pelo erizado, hace frente al cazador, que con frecuencia parece víctima de su temeridad. No es, pues, de extrañar que los negros consideren como sus mejores trofeos los cráneos de gorila que adornan sus chozas, cráneos que siempre ofrecen rastros de fuego, pues el negro asa y come cuantos gorilas mata.

Más pequeño que el gorila, el chimpancé es menos temible y rara vez ofrece resistencia al hombre. Fuera de éste no tiene ningún enemigo, pues en los bosques donde vive no hay leones, y del leopardo se defiende tan á maravilla, que el manchado felino rara vez le acomete.

Los chimpancés son más arborícolas que los gorilas, y también más sociables, yendo reunidos en grupos de ocho á doce, y aun de veinte algunas veces. En los bosques del Muni se ven con frecuencia los nidos en forma de plataforma, que con ramas y hojarasca se forman en lo alto de los árboles.



Un gorila, marchando en su posición natural.

Hoy está fuera de duda que los chimpancés celebran á menudo ciertos bailes, que los negros llaman "kanjo nytigo"; dos ó tres monos golpean con todas sus fuerzas un tronco hueco, ó simplemente sobre el suelo, produciendo un sordo tamborileo, mientras el resto de la comunidad, formando corro, se entrega á un furioso "cake walk".

Algunos viajeros, no contentos con lo maravilloso de la realidad, pretenden que los monos que hacen de músicos se arman de dos ramas á guisa de baquetas de tambor; con el tiempo, tal vez haya quien quiera hacernos creer que hasta usan papeles de música.

El "enganga" de los pámués, llamado "tshego" por otros pueblos africanos, es aún muy poco conocido para que podamos hablar de sus costumbres. Por los negros sabemos que vive formando pequeñas familias de cuatro ó cinco individuos, y parece que los machos son muy pendencieros; un magnífico ejemplar que en su museo de Cervera (Lérida) poseen los misioneros del Inmaculado Cora-

zón de María, tiene los colmillos rotos y una oreja desgarrada de un terrible mordisco.

El modo de vivir del chimpancé calvo, ó "nschigombouvé", como le llaman los negros, tampoco está bien estudiado. Se sabe, sí, que además de frutas come carne con mucho gusto, apoderándose cuando puede de las avecillas y mamíferos pequeños, y también se conoce su vivienda, que es realmente notable. Otros monos se contentan con una especie de plataforma entre las ramas, donde descansan a la intemperie; el que ahora nos ocupa duerme en una bifurcación del tronco, pero construye encima un cobertizo en forma de paraguas, que no deja de ser útil en regiones tan lluviosas. Como la fuerza del agua y los ardores del sol destruyen pronto la obra, el mono tiene que volverla á hacer cada diez ó quince días, lo que prueba que es un animal bastante industrioso. Esto y las singulares muestras de inteligencia que dió un ejemplar de esta especie que vivió en el Jardín zoológico de Londres, parecen probar que el chimpancé calvo es el más inteligente de todo el grupo.



Cobertizo de chimpancé calvo.



Entretencimientos.

CHARADA

(REMITIDA POR DANIEL R. VALDÉS)*

Caro lector,
tercia segunda todo,
de prima dos.

*

ENTRETENIMIENTOS

(REMITIDOS POR FRANCISCO CARDEÑA)

Hallar un nombre de mujer que lo mismo se lea al derecho que al revés.

Hallar un verbo de la primera conjugación que lo mismo se lea al derecho que al revés.

*

JEROGLIFICO

(POR JULIÑA Y DEDICADO Á CONSUELÍN)

LETRA NOT A NEGACIÓN

*

JEROGLIFICO

(REMITIDO POR SEVERINO MEANA)

1 2 3 4 5 6 7 8 9

SOLUCIONES DE LOS PASATIEMPOS PUBLICADOS EN EL NUM. 172

De los acrósticos:

MERCEDES
LAURA
RAMONA
MARIA
CARLOTA
DOLORES
SOCORRO

TIGRE

LEON

HIPOPÓTAMO

ELEFANTE

LEOPARDO

PANTERA

RINOCERONTE

HIENA

L L A M A

C E B R A

L O B O

De las charadas: GEMIDO.—PECES.—CARACOL.

De la tarjeta anagrama: MADAGASCAR.

De la charada: FAROLILLO.

De los comprimidos: POR DELANTE Y POR DETRÁS.—BUITRES.

De las adivinanzas: ALGODÓN.—EL DÁTIL.

De la tarjeta-jeroglífico: CALAMAR.

Han remitido soluciones de los pasatiempos del número 170: (

José y Antonio de Castro de Medina, Madrid; Felipa Carretero, Alcázar; Andrés Souto Lago; Miguel Moreno García, Consuelo Belbeze, Alcázar; Manuel, Antonio y Mercedes Gómez, San Sebastián; Francisco Sanz Losada, Villamartín de Valdeorras; José Manuel de la Puente, Santander; Manolo Gómez, Astorga; Manuel Carretero Sálice, Barcelona; Félix López Mijangos, Burgos.

Han remitido soluciones de los pasatiempos publicados en el número 171:

Antonio Leal Alberca, Alcázar; María Luisa Alvarez García, Madrid; José Cuesta, La Bañeza; Ricardo Mena, Linares; Miguel Moreno García, Huelva; Francisco Plaza, Villaseca de la Sagra; Pilita y Roberto Castrovido, Madrid; José Muñoz Molleda, La Línea; Santiago Grado Velasco, Valladolid; Ezequiel Jaqueto y Rama, Madrid; Felipe Carretero, Alcázar; Salustiano Casado de Marta, La Bañeza; Ignacio y José Manuel

de la Puente, Santander; Vicente Lacomba Menginal, Jeresa; Nicanor Ordás, La Bañeza; María del Consuelo Aparicio Frías, Valladolid; José Fernández García, Tuy; Severino Meana, Gijón; Teoprépidas Cuadrillero, Valladolid; Jacinto Alvarez, Sevilla; Rey Gonzalo, Alcázar; José y Antonio de Castro de Medina, Madrid; Francisco Dans Losada, Villamartín de Valdeorras; Manuel Pedrero, Alcázar; José Antúnez, Santiago Toral, La Bañeza; Guillermina y María del Pilar Rebull; Rafael Fontana, Madrid; Julio Pérez Guzmán, Alcázar; Consuelo Belbeze, Alcázar, Antonio Muñoz López, La Línea; Julio Tagarro, La Bañeza; Juan Díez Nicolás; Matilde Antonio y Manuel García Pastor, Gonzalo López Román, Juan Pérez Paniagua, Alejandro Núñez, Josefa Coyto, Madrid; Camila y Lorenzo Alonso, La Bañeza; María Luisa Martino, Madrid; José Olivera Delgado; Angel Berbiela, Madrid; José Manuel de la Puente, Santander; Consuelo Vicent.

Liga Postal

LISTA 91

Félix López Mijangos, Almirante Bonifaz, 11, Burgos. (Desea ser socio de algún Club literario.)

Consuelo Belbeze, calle Marina, 5, Alcázar de San Juan. (Cambia sellos, estampas, cromos y tarjetas con niñas de doce á quince años.)

Salustiano Casado de Mata, Plaza Mayor, 5, La Bañeza (León).

Pedro Gómez Mora, calle Gurugú, 13, Barriada de la Estación, Badajoz.

José Antúnez, Nueva, 5, La Bañeza (León). (Cambia sellos.)

Pedro Montoya, Cruz Verde, 41, Alcázar de San Juan.

José María García, Pasaje de Heredia, 23 al 29, Málaga. (Admite correspondencia en francés.)

Adolfo Miralles (Secretario general en España de la Sociedad "Literatura infantil). Casa social de la misma, Escolano, 19, Valencia. (Cambia correspondencia con aficionados á la literatura.)

Vicente Reig (Presidente de la Sociedad Literatura Infantil). Casa social de la misma, Escolano, 19, Valencia.

Enrique Vidal (Socio de la Sociedad Literatura Infantil), Casa social de la misma, Escolano, 19, Valencia.

Pepito Miralles, Casa Social de la Sociedad Literatura Infantil, Escolano, 19, Valencia.

Humberto Manzano, Barriada de la Estación, calle Transversal, 15, Badajoz.

Angel Sáenz, San Opropio, 7 dupdo., Madrid.

Manuel Romero, Cabeza, 2, Madrid. (Cambia sellos.)

Purita Ramírez Montesinos, Caballero de Gracia, 78, Madrid. (Coleccionista de estampas de la guerra europea.)

Encarnacioncita, Dorita y Juanito Fouce Pérez, Camino de Antequera, 15, Málaga. (Coleccionistas de cuentos, postales, dibujos, estampas y cromos de todas clases.)

Ricardo García Villalba y Cárles, calle de Garnica, 12, Murcia. (Admite correspondencia en francés y contesta el 15 y 30 de cada mes.)

Carlos Luis Fernández (Lista 86), ilustra cuentos y chistes á quien lo solicite.

José Bosmediano apuntado en la Lista 4 en Ceuta se ha trasladado á Madrid en la calle Fuencarral, 127,

Fernando Boán apuntado en la Lista 7, se ha trasladado á Madrid en la calle Eguiluz, 42.

CORRESPONDENCIA

M. Gómez (Astorga).—Las tapas valen una peseta y los números diez céntimos cada uno. Van publicados 173.

A. M. Ferreras.—Puede enviar algo de lo que dice y cuando lo hayamos visto le contestaremos.

A y J. de Santiago (Vivero).—Envíen las señas detalladas para hacer la inscripción.

F. Carvajal (Barcelona).—Se habrá extraviado su carta. Envíe sus señas para inscribirle.

Por centésima vez advertimos que no contestamos á las cartas referentes á envío de originales ni á fechas de publicación. Tengan paciencia los impacientes, y ya les llegará el turno.

A los lectorcitos de **LOS MUCHACHOS**

No dejéis de recordar á vuestros papás ó á vuestros hermanos mayores que compren mañana lunes

ALREDEDOR DEL MUNDO

Es la Revista ilustrada que trae más lectura y más variada ilustración. Contiene relatos de viajes, narraciones históricas, curiosidades de ciencias, de arte y de industria, aventuras de caza, costumbres de pueblos raros, novedades de arqueología, numismática, filatelia, historia natural, etc. Es, en suma, una verdadera enciclopedia en forma de periódico, y además regala novelas ilustradas y publica problemas con valiosos premios.

Precio del número: 20 céntimos

¡No olvidarlo! No es justo que mientras vosotros os entretenéis leyendo **LOS MUCHACHOS**, las personas mayores estén mirando las musarañas.

GRAN ÉXITO

MUÑECOS RECORTABLES EN PAPEL

Mariquita y Mariquitina, Lola y Lolito, Leoncito y sus muñecos, Juanito y Juanitín, Marianito, Nicolasito, Eduardito, Federiquito, Guillermito, Napoleoncito, Jorgito, etc.

Remitiendo el cupón adjunto á las oficinas de **PIC-TORIAL REVIEW**, Alcalá, 48, Madrid y giro postal de una peseta se remite la colección certificada.

CUPÓN "LOS MUCHACHOS"
Al hacer el pedido debe acompañarse este cupón.



3

nombres que la

PERFUMERIA FLORALIA

*aconseja no olvidar á las personas que
quieran gozar privilegio de elegantes:*

FLORES DEL CAMPO

Jabón
Polvos
Colonia
Ron Quina
Loción
Brillantina
Extracto

OXENTHOL

Dentífrico admirable á base de oxígeno

Y SUDORAL

Loción desodorante, cuyas propiedades describimos en el prospecto perfumado que le regalará su perfumista ó su farmacéutico.